

México en el nuevo escenario cultural internacional*

Néstor García Canclini

El presente trabajo reflexiona sobre dos palabras que son clave en este campo de la cultura a nivel internacional: cooperación e intercambio. Hasta los años ochenta la cooperación podía tener principalmente tres objetivos:

1. Difundir el patrimonio histórico y artístico de México en el extranjero, a través de exposiciones, conciertos, participación en ferias de libros, o actividades análogas.

2. Fortalecer el conocimiento recíproco por medio de un modesto intercambio entre países asociados por historia, cultura semejante y afinidades políticas.

3. Expandir, con el desarrollo de industrias comunicacionales, ya desde mediados del siglo xx, el mercado nacional de la literatura, el cine y la música, en busca de públicos en otros países.

Es bien conocido por todos cómo la expansión de la radio y el cine mexicanos en América Latina, en parte en Estados Unidos, y luego en otros territorios, contribuyeron a una importante difusión de la cultura en México.

*La versión original de este trabajo fue presentada en el panel "La cultura como instrumento de política exterior", durante la XV Reunión de Embajadores y Cónsules de México, que tuvo lugar en la Cancillería, los días 7 y 8 de enero de 2004.

En las dos últimas décadas esta situación cambió radicalmente por un conjunto de procesos que suele sintetizarse con el nombre de globalización. Cuando hablamos de globalización no estamos pensando sólo en la reorganización mundializada de la economía, sino también en la tecnológica y mediática, en los flujos migratorios masivos, ya que en México y otros países, en particular en Estados Unidos, la difusión de la cultura mexicana se hace a través de nuestros migrantes.

Esta diversidad de vertientes por medio de las cuales se globaliza México y se globaliza en México la cultura de otros territorios, de otras naciones, nos muestra que hay distintas modalidades en las cuales se desarrolla la globalización. No es posible encararla a través de la política cultural sólo en una dimensión o con una política que alcance a todo el planeta en forma uniforme.

Por ejemplo, en algunos estudios sobre la globalización se señala que ésta abarca al planeta en su conjunto, como ocurre en los mercados financieros que hacen interactuar simultánea o inmediatamente a los mercados y las bolsas de Nueva York, de São Paulo y de México. Pero hay otros mercados, que podemos llamar tangenciales, donde los agrupamientos se dan más bien por afinidades lingüísticas, como sería el caso del mercado editorial u otros modos de vinculación histórica que nos llevan a globalizarnos no con todo el mundo sino, selectivamente, con aquellas zonas en las que tiene más sentido la expansión y el intercambio.

¿Cómo hacer políticas culturales en una época de globalización e industrialización de la cultura con circulación transnacional? Cuando Octavio Paz escribió en *El laberinto de la soledad*, en 1950, que los mexicanos se sentían por primera vez contemporáneos de todos los hombres, todavía no existían la televisión y el video. Tampoco palabras que hoy representan nuevos modos de comunicación intercultural (disco compacto,

disquete, escáner, internauta, teléfono celular, teletienda). Nunca pudimos ser tan cosmopolitas como ahora, tan contemporáneos de muchas culturas y sin viajar. Esta nueva situación, sin embargo, obliga a preguntarnos cuáles son los patrimonios culturales que en la actualidad pueden interconectarnos, que pueden facilitar una mejor comunicación, y quién los tiene, quiénes son los propietarios.

Siguen existiendo, por supuesto, los patrimonios históricos, culturales, de carácter nacional. Sin embargo, uno de los principales autores que se ocupa de este tema, Jeremy Rifkin, al interrogarse sobre cuál es, en la era de la información, la propiedad más valiosa en todo el mundo, contesta: las radiofrecuencias, el espectro electromagnético por el que discurrirá una cantidad cada vez mayor de comunicación humana y actividad comercial en la era de las comunicaciones inalámbricas. Nuestras computadoras personales, agendas electrónicas, internet sin cables, teléfonos móviles, localizadores, radios y televisiones dependen de las radiofrecuencias del espectro para enviar y recibir mensajes, fotografías, audio y datos. El mismo autor demuestra que ese espectro, tratado como “propiedad común”, sería como el nuevo patrimonio de la humanidad. Es un patrimonio que ya no está controlado por naciones ni gobiernos, sino por corporaciones comerciales, que administran la casi totalidad de las ondas.

Aun el gobierno estadounidense, agrega Rifkin, ha cedido el poder de regular ciertas comunicaciones dentro de su territorio. Una empresa de origen japonés, Sony, se adueñó de los principales estudios de filmación de Hollywood y de grabación musical en Miami. Los alemanes de Berstelman compraron Randon House, la mayor editora estadounidense.

¿Qué puede hacer un país como México en estas condiciones, en esta etapa? ¿Cuáles son las características que definen

esta nueva situación? A continuación, mencionaré algunas condiciones:

En primer lugar, encontramos el predominio de las industrias electrónicas de comunicación sobre las formas tradicionales de producción y circulación de la cultura, tanto ilustrada como popular.

En segundo término, el parcial desplazamiento de los consumos culturales de los espacios públicos (teatros, cines, arte, conciertos, bibliotecas, casas de cultura) a los medios electrónicos que llevan los mensajes a domicilio: radio, televisión, video, internet. No estoy hablando de una sustitución de los espacios públicos; incluso, ni siquiera de los que han reducido sus audiencias como podría ser el caso del cine y los teatros. Hablo de un desplazamiento de esos espacios tradicionales en los cuales todavía se concentra gran parte de la acción cultural, tanto dentro de los países como en las relaciones internacionales.

Sin duda alguna, hay que seguir llevando exposiciones de arte y conciertos de artistas mexicanos a otros países; no obstante, tenemos que preguntarnos cómo está México presente en la televisión, en los circuitos musicales y de cine, en internet.

El patrimonio cultural de México no se acaba en los muralistas o en Frida Khalo; en los grandes autores que continúan encabezando la presencia literaria de nuestro país en el extranjero. No se trata de disminuir su papel; debemos seguir difundiendo y enorgulleciéndonos de sus obras. Sin embargo, es necesario apoyar también a las nuevas generaciones, que tienen menos espacio y están experimentando, muchas de ellas, en estos circuitos multimedia, o sea que hacen literatura al mismo tiempo que actúan en televisión o intervienen en internet.

En tercer lugar, cabe mencionar la disminución del papel de las culturas locales, regionales y nacionales, ligadas a territorios e historias particulares, en beneficio del incremento de

los mensajes generados y distribuidos a través de medios masivos transnacionales, que se rigen por criterios de ganancia económica y competencia global.

En cuarto lugar, hay que considerar la redistribución de responsabilidades entre Estado e iniciativa privada en lo que a la producción, el financiamiento y la difusión de los bienes culturales concierne. A propósito me gustaría señalar que los estudios culturales a escala internacional están experimentando una diferencia en relación con los debates que ocurrían en los años setenta u ochenta, cuando parecía haber un tajo, una separación extrema, entre la acción del Estado y la acción de la iniciativa privada. Hoy estamos pensando, aun los países que mantienen una acción estatal más fuerte, como sería el caso de Francia o Canadá, que debe haber una cooperación, una complementariedad, entre las acciones públicas, las empresas privadas y las de los movimientos sociales.

Estas características del nuevo escenario cultural internacional nos llevan a repensar las múltiples pertenencias que distinguen a un país como México. Tenemos una relación originaria con Europa, especialmente con España; una integración parcial con América Latina por la lengua, la historia, las migraciones, el turismo y otros factores políticos; una relación con Estados Unidos por la vecindad, 90% de nuestro comercio, el TLC, las migraciones y otros factores por todos conocidos, y tenemos una relación con nuestra propia historia americana, mexicana, mesoamericana. En todo esto hay que preguntarse cómo podríamos redefinir las nociones que tradicionalmente han agrupado, han caracterizado, han dado el tinte particular a la acción cultural. Por ejemplo, qué significan la mexicanidad o la identidad mexicana, la latinidad, pertenecer a Iberoamérica. Son nociones que debiéramos ir redefiniendo por la reubicación de México y de América Latina, junto a los países latinos

de Europa; incluso en relación con Estados Unidos y hasta con las regiones asiáticas.

Vivimos en nuevos escenarios y redes de unificación y cooperación. En este sentido, la acción cultural debe estar ligada a políticas nacionales, a las industrias culturales, a los efectos de las políticas económicas, teniendo en cuenta el enorme peso de la deuda y los intercambios nuevos de carácter comercial, las oportunidades y los riesgos que ofrecen.

Por ejemplo, menciono nada más la pregunta que hoy está en los circuitos internacionales de comunicación, en el propio periodismo, como una propuesta de algunos países. ¿Podríamos intercambiar deuda por inversión en programas educativos y/o culturales? Es una iniciativa presentada por países en distintos foros. ¿Cómo situarnos en la actual escena del desarrollo sociocultural internacional? ¿Cuáles podrían ser los objetivos nuevos, que, sin sustituir a los clásicos de la acción cultural internacional, ayudaran a reubicarlos en la contemporaneidad, en el siglo XXI?

Diría, entonces, que no sólo se trata de exportar y difundir la alta cultura y la cultura popular. Hay que participar activamente en las redes mediáticas y electrónicas de comunicación intercultural, así como en aquellos escenarios culturales internacionales donde se diseña y se gestiona este desarrollo avanzado. Esto ya le está ocurriendo a México porque, además de pedirnos que participemos en organismos como la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) o la Organización de los Estados Americanos (OEA), en debates sobre patrimonio cultural donde México ha tenido mucho que decir, se nos pidió que participáramos en la Cumbre Mundial sobre la Información, que se realizó en Ginebra del 10 al 12 de diciembre de 2003.

¿Cómo situarnos en estos nuevos desafíos? ¿Cómo armar agendas, posiciones propias, que tengan que ver con la historia

cultural, social, económica y política de México, así como con las redes de alianzas y solidaridades, que tenemos como nación? ¿Cómo podemos transformar, al mismo tiempo, las relaciones entre cultura, política, economía, y por tanto el sentido de lo que se entiende por cultura y por espacio público en la agenda internacional?

Un punto que habría que agregar con especial énfasis, porque suele estar ausente en estas consideraciones, es el de favorecer el desarrollo científico a la par del desarrollo artístico y cultural de México, al impulsar, junto con el desarrollo interno de la ciencia, el acceso a los recursos internacionales del avance científico. En síntesis, hay que analizar cómo movilizar y gestionar los recursos culturales de México junto con la comunidad iberoamericana, junto con la comunidad norteamericana a la que también pertenecemos, para que contribuyan a un desarrollo más equitativo y más dinámico, a fin de ir superando las asimetrías en el acceso y en la distribución de los bienes culturales. En mi opinión, esto requiere ciertas innovaciones en la política y la gestión cultural.

Sería necesaria, por consiguiente, una ampliación del concepto de políticas culturales basado, quizá no tanto como se ha hecho en otras épocas, en la búsqueda de una identidad nacional o latinoamericana o iberoamericana. Algunos trabajos recientes, generados en distintas regiones de América Latina, en el propio México, al igual que en organismos internacionales como la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, hablan, en vez de una identidad iberoamericana, de un *espacio cultural iberoamericano e interamericano*, que en realidad está habitado por centenares de identidades, por numerosas lenguas, no sólo el español y el portugués, que son las que predominan. Por ejemplo, las 62 lenguas indígenas que se hablan en México, así como las lenguas de otras regiones del mundo que circulan a través de

migrantes y empresas de comunicación masiva. Ese conjunto de influencias, que operan sobre nosotros, generan reacciones, respuestas, actividades, redefiniciones de lo que somos y queremos hacer.

Teniendo en cuenta la situación actual del espacio cultural iberoamericano, cabe preguntarse cuáles son las áreas estratégicas para actuar en la cultura y la comunicación, aquéllas en las que México podría tener más competitividad internacional. A modo de respuesta sugiero algunas:

—La edición de libros, en la cual fuimos líderes, junto con Argentina, desde los años cuarenta a los setenta, hasta que cedimos ese lugar a la industria editorial española.

—La producción y venta de formatos televisivos, en la que seguimos teniendo un papel destacadísimo en los mercados internacionales, a través de las telenovelas, así como de cierta acción informativa y documental.

—La producción de películas, que requiere contar con organismos e inversiones apropiados.

Mencionaré, además, una dimensión de la que poco se habla, tal vez porque hay temor a que se malinterprete: el liderazgo latinoamericano y el carácter de bisagra que México ha tenido y tiene entre Europa, Estados Unidos y América Latina. Para esto deberíamos elaborar posiciones más consistentes y avanzadas a fin de actuar en las nuevas condiciones de los mercados y las relaciones interculturales. Hay debates muy vivos en este momento en la Organización Mundial del Comercio, en la OEA, en distintos escenarios de la UNESCO, acerca de la propiedad intelectual, de las nuevas formas de patrimonio tanto tangible como intangible. México tiene mucha experiencia en estos campos; tiene mucho que decir y que aportar en el ámbito internacional.

Podríamos participar más activamente en reuniones de presidentes, de ministros de educación y cultura, en el Banco

Interamericano de Desarrollo, que está interesado, no sólo como Banco, en participar en estos temas, y en otros foros como la citada Cumbre Mundial de la Información. Desde luego, aunque pareciera obvio decirlo, todo esto implica cambios en la formación del personal especializado del servicio diplomático; de las relaciones internacionales; una profesionalización mayor de la acción cultural.

Hemos pasado por varias etapas en la acción internacional, no sólo en México sino en otros países, notoriamente en los latinoamericanos. Hemos caminado por posturas de carácter más tradicional. Ha habido intentos de hacer lo que un antropólogo llama una ingeniería social de la identidad. Finalmente, llegamos a una etapa en la cual se trata de garantizar la diversidad cultural en el mundo. Si tenemos presente la diversidad cultural en México, y la diversidad que tiene como país respecto de otras sociedades, es porque esa diversidad constituye uno de nuestros principales patrimonios. Es reconocida por los principales organismos internacionales como la UNESCO. De ahí que sea necesario hacerla valer en forma efectiva, no sólo declaratoria, en las medidas que se tomen sobre el patrimonio, la propiedad intelectual y en otros campos de debate actual.

Me parece que esta reformulación de la perspectiva nacional e internacional va a llevarnos a asumir una tensión que se está desarrollando en el plano internacional entre la soberanía efectiva de los Estados nacionales y los nuevos tipos de soberanía en formación. Sólo enunció el tema, que es muy complejo. Creo que México tiene mucho que decir con respecto a estos temas. Tiene artistas que los han trabajado; escritores que han hecho una literatura extraordinaria sobre la diversidad de la comunicación intercultural, al igual que un gran número de antropólogos y otros científicos sociales que también cuentan con una producción muy rica.

En este sentido sería muy valiosa una acción mucho más estrecha entre la academia, la Secretaría de Relaciones Exteriores y el conjunto de los representantes de México en el extranjero. En la actualidad, la disposición a colaborar y la oportunidad del diálogo adquieren, sin duda, una gran significación.